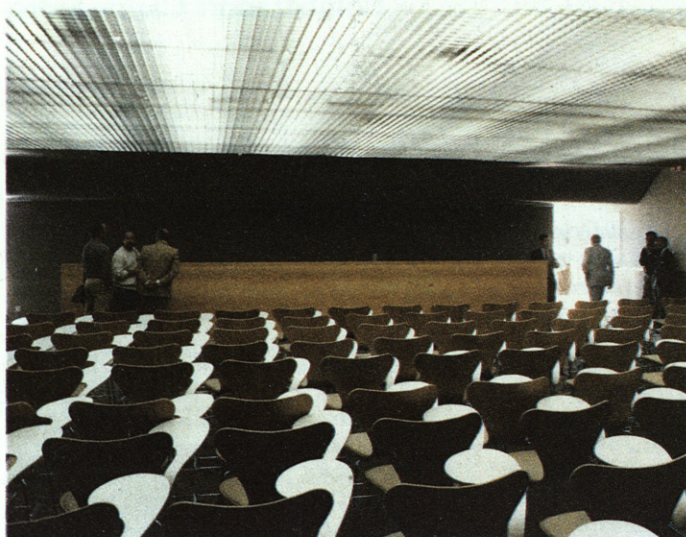


2

Obras de Alejandro de la Sota en León



1/ La apertura moderna

En los años cuarenta, Alejandro de la Sota había acreditado su sensibilidad por lo vernáculo en los poblados de colonización por él construidos; el dominio del barro y la cal, de los colores terrosos y de las formas de lo popular, simplificadas al gusto ascético y mórbido a la vez, según una moral de postguerra.

En los primeros cincuenta su lápiz, cambiando unos terrenos en los que mandaba, se mueve hacia la modernidad menos local, más europea del expresionismo informalista. No durará mucho De la Sota en estas posiciones y su nuevo abandono nos dejará con la sensación de haber perdido al más prometedor de nuestros expresionistas.

Su próximo movimiento será también el definitivo, con él se desplaza hacia un purismo funcionalista en el que se mantendrá para siempre. El edificio para el Gobierno Civil de Tarragona (1957) sitúa a De la Sota en la línea más ortodoxa del Movimiento Moderno, prolongando el eje Dessau-Como hasta estas tierras.

Cabe ahora —tras este breve repaso de su obra— preguntarse, ¿por qué abandonó Alejandro de la Sota unas posiciones que dominaba con soltura?

En mi opinión, porque seguir trabajando con los materiales “de siempre”, cuyas convenciones de uso y compositivas son de sobra conocidas, obliga a un juego manierista de respeto-transgresión, que sólo se resuelve con el alarde de sensibilidad. Un juego que por aquellos días no interesaba. Por eso, a mediados de los cincuenta, abrazando los principios de la modernidad, decide trabajar con materiales nuevos: las chapas y los tubos de hierro, de fibrocemento... materiales ligeros, que no vienen cargados de estéticas y academias. Materiales y formas cuyas convenciones están aún por inventar.

No fue el aislamiento y el retraso cultural de nuestro país —que por aquellos años empezaba a romperse— un inconveniente para realizar esta arquitectura; por el contrario, eso le permitió a Sota explorar algunos territorios que los pioneros del Movimiento Moderno habían abandonado precipitadamente antes de agotarlos. Pudo trabajar nuestro arquitecto con unas formas y unos materiales que sus “inventores” empezaban a

considerar con más distancia —recordemos la obra que por estas fechas realizaban Gropius o Le Corbusier—, formando parte así de la generación de arquitectos españoles que cumplió el papel de recuperar e imponer para nuestro país la línea de la modernidad, alcanzado incluso a constituirse, junto con los Sert, los La Casa y los Torres-Clavé, en clásicos de la misma.

Pero esa apertura de Alejandro de la Sota hacia el purismo de que hablamos antes, se debe también a un sentimiento que podríamos llamar de pudor. Sentimiento que le impide entregarse a su propia sensibilidad como si de algo demasiado fácil se tratase, y le lleva a explicar siempre su arquitectura por lo funcional y lo técnico. Sin embargo, cuando observamos sus edificios, la evidencia de que son fruto más de la sensibilidad que de la tecnología se impone. Así ocurre con este edificio de Correos que hoy publicamos construido.

En el pequeño texto que acompañaba la publicación del proyecto allá por nuestro número 233, decía el autor: “la nueva Sede de Comunicaciones de León es un edificio funcional y realizado con medios actuales. Posiblemente no más. Se trata de hacer “un cubo que funcione” y que permita cambiar este funcionamiento en el transcurso del tiempo; contribuirá a ello la simplificación estructural y la claridad interior”.

Hay que manifestar un respetuoso desacuerdo con la idea: un cubo que funcione, posiblemente no más. Unas palabras que deben entenderse más que como una expresión de modestia, como algo más importante; como una definición ideológica: “en arquitectura no hace falta más que un cubo que funcione”.

No pretendo esgrimir este edificio como argumento contra la idea, trataré solamente de explicar porqué, en mi opinión, el interés de aquél reside precisamente en eso que tiene “de más” sobre el puro volumen funcional.

Sin duda, el edificio está “realizado con medios actuales”, que en su interior quedan vistos, caracterizándolo con conceptos como lo funcional y lo técnico. Conceptos que están ya en el edificio con la distribución elementalista y más que con el volumen simple. No ocurre lo mismo por fuera y esa es la clave de la cuestión: la chapa no está “vista”. Este material está tratado tanto en su despiece como en su color de forma que simula o recuerda al sillar de piedra. Simulación que viene contradictoriamente afirmada y negada. Se afirma el sillar en la elección de los colores: el de la piedra de León y el tapial en la parte superior y el del granito en el zócalo, se afirma en las proporciones y forma de los huecos no modernos, y sobre todo en la profundidad de los mismos, en los que la chapa se dobla dando solidez visual a una fachada que en realidad no pesa.

La longitud de los “sillares” imposible para la piedra o el despiece que hace coincidir algunas juntas con las esquinas de los huecos, así como la anchura de algunos de éstos, niegan irónicamente la simulación.

Se trata, pues, de un planteamiento manierista al que De la Sota hoy se aplica, “realizando con medios actuales” un edificio que en el interior se resuelve según la ortodoxia moderna y en el exterior se refiere con ironía a cuestiones de actualidad postmodernista. (Entendiendo este último término sólo como “después de lo modernista”).

No nos explicó así el edificio su autor, cuando acudimos a León a verlo, sólo la función parecía tener algo que decir en lo construido. Aquel día, sin embargo, ante la fidelidad a unos principios, a los que Sota abrió su arquitectura hace treinta años, Rafael Moneo expresó lo que pensábamos todos con una frase que tuve buen cuidado en apuntar: “Es una fortuna la condición incólume de Alejandro”.

Gabriel Ruiz Cabrero